



David Brainerd  
(1718-1747)

## UNA CARTA ESCRITA DESDE EL UMBRAL DE LA ETERNIDAD

*“He acabado la carrera . . . Me está guardada la corona de Justicia.”*

David Brainerd, el famoso misionero de los Pieles Rojas, nació el 20 de abril de 1718. Terminó su jornada terrestre el 19 de octubre de 1747 a la edad de veintinueve años.

Vivió una vida sumamente abnegada, preocupándose solamente en la salvación de los habitantes nativos de las selvas de América del Norte. Su obra más grande era la de oración. Metido en las selvas, solito, sin poder hablar en el lenguaje de los Pieles Rojas, ocupaba días enteros en la oración.

¿Para qué estaba orando? Bien sabía que no podía alcanzar a estas personas siendo que no entendía su lengua y hallar intérprete eficiente era imposible. Comprendía que el éxito dependía completamente del poder de Dios. Pasaba días enteros implorando la ayuda del Espíritu Santo. ¿Cuál fue la respuesta? Casos como el siguiente, caracterizaban su trabajo.

Una vez predicando por medio de un intérprete ebrio – tan ebrio que apenas podía pararse, veintenas fueron convertidas bajo un solo sermón. Esos resultados sobresalientes se pueden explicar solamente en términos del gran poder Divino que le fue dado en contestación a sus fervientes oraciones.

Su casa era una humilde choza en la selva; su cama un montón de paja, a veces humedecida por la lluvia excesiva; su templo de predicación, la sombra de los árboles del bosque; su alfombra donde se arrodillaba para orar, la carpeta de nieve que cubría el suelo congelado por el frío del invierno.

Naturalmente la antorcha que ardía tanto, se consumió luego. El cuerpo agotado por tan arduo trabajo, bajo tan adversas circunstancias, se dio por vencido cuando Brainerd tenía solamente veintinueve años. Sin embargo la luz de la antorcha no se apagó cuando sus restos fueron enterrados. Después de su muerte, Guillermo Carey leyó su diario y se fue a la India; Roberto

McCheyne lo leyó y se fue a los judíos; Enrique Martyn inspirado por él, se fue a la India. Los pocos años de su vida eran más fructíferos que los de muchos predicadores que vivieron hasta los setenta.

Enseguida aparece la última carta que él escribió. Fue dirigida a su hermano Juan a quien le tocó seguir su trabajo entre los Pielos Rojas. Es un clásico espiritual, escrita por un héroe del cristianismo, desde el umbral de la eternidad y revela claramente los valores relativos de las cosas pasajeras de esta vida y las cosas duraderas de vida venidera:

*Mi querido hermano:*

*Me encuentro en la víspera de la eternidad, esperando muy pronto presentarme en el mundo invisible. Y yo no me siento más habitante de la tierra, y a veces fervientemente anhelo “partir y estar con Cristo”.*

*Alabo a Dios por haberme concedido saber durante varios años que es imposible que un ser racional goce de la felicidad verdadera, sin estar completamente entregado a Dios. Motivado por esta comprensión, hasta cierto punto he actuado, ¡Oh qué hubiera hecho más! Vi tanto la excelencia, como la necesidad de la santidad en la vida; pero jamás en la misma manera como ahora comprendo al encontrarme al borde de la tumba.*

*Oh, hermano mío, busca la santidad; prosigue este blanco bendito; que tu alma sedienta diga siempre: “Jamás estaré satisfecho hasta despertarme a tu semejanza”.*

*Aunque he tenido una cierta medida de amor propio en cuanto a mis opiniones – cosa de la cual ahora me avergüenzo y que cada momento me aflige y me humilla, sin embargo ¡alabado sea Dios! Doy cuenta que en realidad he tenido en una medida mayor, tal preocupación por su gloria y por el adelanto de su reino en el mundo, que me es de consuelo y satisfacción ahora meditar y acordarme de estos años de mi vida.*

*Mi querido hermano, debo exhortarte a seguir la santidad personal; que practiques el ayuno y ores todo lo que tu salud te permita. Que vivas muy arriba del nivel de los cristianos mediocres; te ruego que atiendas solemnemente a la obra de Cristo; esfuérzate para poder distinguir entre la religión falsa y la verdadera; y para hacerlo, atiende cuidadosamente a la obra del Espíritu Santo en tu propio corazón. Temo que no comprendas cuanta religión falsa hay en el mundo.*

*En el nombre de tu moribundo pastor, sí, aún en el nombre de Aquel que murió y volvió a vivir, exhorta a mis hijos espirituales a vivir y andar como conviene al evangelio.*

*Cuéntales cuán grande es la esperanza que Dios tiene en su pueblo, y como han de dañar la causa del Señor, si caen en pecado; y cuán triste será la influencia de su mal testimonio en los otros Pielos Rojas.*

*También enséñales con insistencia que sus experiencias son corruptas, sus alegrías engañosas, aunque sea que hayan sido arrebatados hasta el tercer cielo en la presunción de ellas, si sus vidas no son espirituales, cuidadosas y santas.*

*Dios sabe que estoy listo de haberle servido más en la obra del ministerio, aunque fuera con todos los trabajos y dolores de los años pasados, si así fuera su*

*voluntad; pero como ahora parece que su voluntad es otra, estoy completamente contento y con completa libertad digo, “Sea hecha la voluntad del Señor”.*

*Me da tristeza pensar en dejarte a ti en un mundo de pecado. Mi corazón se compadece de ti; me duele pensar que a ti todavía te esperan vientos y tempestades que, por la gracia de Dios, yo estoy por librarme. Pero Dios vive y bendito sea nuestro refugio y Roca, Él es el mismo amigo Todopoderoso, y espero que sea Guía y Ayudador tuyo tal como ha sido el mío.*

*Y ahora, mi querido hermano, “te encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para sobreedificarte y para herencia entre los que son santificados.”*

*Que goces de la presencia Divina tanto en tu vida personal como en tu ministerio público, y que tus brazos sean corroborados por la diestra del Dios de Jacob. Estos son los deseos y oraciones fervientes de tu cariñoso hermano moribundo.*